



## **William Ospina y la búsqueda de la franja amarilla**

Víctor Valero Bernal

Universidad de Murcia

[victor.valero@um.es](mailto:victor.valero@um.es)

### **Resumen**

El objetivo de este artículo es el de analizar el ensayo «Lo que le falta a Colombia» del escritor William Ospina. En este ensayo Ospina profundiza en los principales problemas sociales y políticos que Colombia atravesaba a finales del s. XX así como en las posibles soluciones que podrían adoptarse. Los planteamientos que emplea el escritor colombiano pueden relacionarse con una gran variedad de conceptos propios del ámbito de la política y la sociología. A lo largo de este trabajo mostraremos las analogías existentes entre el análisis de William Ospina y las ideas de pensadores tan alejados en el tiempo como Thomas Hobbes, Rousseau, John Rawls o Charles Tilly.

**Palabras Clave:** William Ospina, Colombia, sociedad, Estado, política

### **Abstract**

The aim of this paper is to analyse the essay «Lo que le falta a Colombia» written by William Ospina. In this essay, Ospina delves into the main social and political problems that Colombia was going through at the end of s. XX. In addition, he presents a number of solutions that could be taken. The approaches used by the Colombian writer can relate to a wide variety of concepts from the field of politics and sociology. Throughout this work, we are going to show the similarities between the analysis of William Ospina and the ideas of thinkers as distant in time as Thomas Hobbes, Rousseau, John Rawls or Charles Tilly.

**Keywords:** William Ospina, Colombia, society, State, politics.

## **1. Introducción**

Los inicios de William Ospina en el mundo de la literatura fueron como poeta. Su primer reconocimiento público le vino como ensayista. En esta última década ha sacado a relucir su faceta como novelista. Se trata, por tanto, de un escritor multiforme y heterogéneo que no se conformó con experimentar con un sólo género literario. La perspectiva que nos interesa para el análisis que vamos a realizar en las siguientes páginas es, precisamente, su vertiente de ensayista. Todo ello sin pasar por alto el gran reconocimiento que su obra poética y, recientemente, su obra narrativa le han brindado.

Sus primeros pasos en el terreno del ensayo los dio dentro del propio ámbito literario. En *Esos extraños prófugos de occidente* (1994) y *Un álgebra embrujada* (1996) compila varios ensayos relativos a grandes escritores de la literatura universal. Sin embargo, en 1997 publica bajo el título *¿Dónde está la franja amarilla?* una serie de cuatro ensayos sobre política que fueron fabulosamente bien recibidos. Se convirtió en la obra ensayística más vendida en Colombia y consiguió movilizar a intelectuales y movimientos civiles colombiano contra la corrupción y la violencia del país. Años más tarde publica *Los nuevos centros de la esfera* (2001), obra en la que profundiza sobre la posición de América Latina en el mundo y que le valió el premio Ezequiel Martínez Estrada de Casa de las Américas en 2003. En estos últimos años su vertiente de crítica social y política se ha intensificado. Ha publicado *La lámpara maravillosa* (2012), *Pa que se acabe la vaina* (2013) y *El dibujo secreto de América Latina* (2014). En todos ellos encontramos una gran variedad de ensayos centrados en el análisis crítico sobre los distintos problemas y conflictos a los que tiene que hacer frente tanto su país, Colombia, como el resto de América Latina. El objetivo no es otro que el de conseguir impulsar el desarrollo de la sociedad y frenar, al mismo tiempo, la desigualdad, la pobreza, la violencia y el resto de dificultades a los que tienen que hacer frente los mencionados países.

En el presente trabajo nos centraremos en el ensayo titulado «Lo que le falta a Colombia» (1997), el primero de los cuatro que componen *¿Dónde está la franja amarilla?* Partiendo del análisis que realiza Ospina de la situación que vive Colombia a finales del s. XX, expondremos sus principales líneas ideológicas así como las posibles analogías

existentes con otras corrientes de pensamiento existentes en la tradición sociológica y politológica de los últimos siglos, desde Thomas Hobbes hasta John Rawls.

## **2. Una página inicial**

En el prefacio de la obra, titulado «Una página inicial», el autor asienta las bases de la visión que tiene acerca de Colombia. Para ello se sirve de un relato de García Márquez que habla «de un hombre que está muriendo de indigencia en el paraíso. Cualquier colombiano, rico o pobre, puede hoy reconocerse allí» (1997, p. 9). El planteamiento es demoledor: morir en la indigencia estando en el paraíso. Ospina considera el país que lo vio nacer como uno de los lugares más privilegiados de todo el continente americano, sin embargo, tilda de «desoladora pesadilla» la situación que vive la sociedad Colombiana a finales del s. XX.

El breve prefacio termina diciendo que las páginas que vamos a encontrar a continuación «no son más que un esfuerzo sincero por entender lo que somos; un escritor tiene el deber de ser parte de su tierra y de su época» (1997, p. 9). Ospina se siente escritor en primer lugar; en segundo lugar, un ciudadano más de su país; y, en tercer lugar, considera que es de obligación para con su tierra el realizar un ejercicio de comprensión y reflexión acerca de lo que son, esto es, de la situación en la que se encuentra la sociedad del país sudamericano. «Lo que le falta a Colombia», supone una profunda reflexión desde la mirada de un escritor a la situación de la sociedad, la cultura y la política de un país –como tantos otros–, rico en recursos naturales y con un grandísimo potencial de desarrollo pero que, sin embargo, sufre una situación sociopolítica que hace que su propio pueblo muera de hambre en las calles. En esta página inicial el autor deja claro que el oficio de escritor no está reñido, por tanto, con las implicaciones sociales. Antes al contrario: el escritor «tiene el deber de ser parte de su tierra y de su época».

Las últimas líneas del prefacio son una referencia a Voltaire. En una ocasión el escritor y filósofo francés dejó escrito que los hombres de su tiempo «necesitaban milagros: los hicieron» (1997, p. 9). Con esta referencia Ospina deja muy clara su línea de pensamiento respecto al esperanzador futuro que puede tener Colombia. La idea central de esta cita consiste en considerar que toda sociedad es capaz de cambiar sin importar lo difícil y complicado que pueda ser.

### **3. Lo que le falta a Colombia**

El ensayo comienza con una crítica a lo que Ospina considera la impostura de que Colombia se sienta hija de la Revolución Francesa. Esta falsa pertenencia reside en que no basta con repetir Liberté, Egalité y Fraternité para adoptar los valores de la revolución que cambió Europa a finales XVIII. «Una revolución se vive o no se vive» (1997, p. 11) y no se puede pretender heredar esa tradición ni ser hijo de esa revolución y sin haber formado parte activa de ella, en cualquiera de las múltiples formas posibles. Esto nos lleva a que casi dos siglos después de la Independencia, la sociedad colombiana es anterior a «la Revolución Francesa, anterior a la Ilustración y anterior a la Reforma Protestante» (1997, p. 12). Tiene la apariencia de una república liberal pero la realidad es que es una sociedad señorial colonizada.

El escritor colombiano cree que a la sociedad de su país le ha faltado carácter y siempre ha tratado de mirar al exterior para buscar su identidad cuando lo que tenía que hacer era mirarse a sí misma. Colombia descreyó por completo de su riquísimo mestizaje cultural, de sus vastísimos recursos naturales. Se trata de un país que ha sido un sujeto pasivo de la «lógica de la sociedad industrial» (1997, p.12) y por ello ha permitido que la hoja de coca se transformara en cocaína y se expandiera como un germen nocivo por todas las escalas de la sociedad hasta inundar las propias raíces de la economía. Sin embargo, el culpable siempre se busca en el exterior.

Ospina lanza un interrogante que resulta realmente aterrador: «¿Cómo se sostiene una sociedad en la que todos saben que prácticamente nada funciona?» (1997, p. 14). Desde un teléfono público o un puente, pasando por los jueces, los funcionarios y las fuerzas armadas y, en última instancia, el propio gobierno, no cumple las funciones que deberían. El pueblo colombiano es un observador de su alrededor, «sería divertido si no fuera por el charco de sangre en que reposa» (1997, p. 14) sentencia Ospina.

La explicación que da Bo Rothstein sobre el origen de cualquier tipo de poder político, y por tanto el origen de cualquier Estado, consiste en que un conjunto de personas que «comparte ciertas características comunes [...] descubren pronto que no sólo tienen los mismos intereses individuales, sino también un cierto número de interés comunes» (2001, p.199). Esto los lleva a la necesidad de crear y regirse bajo unas leyes

que regulen los conflictos así como de una organización superior que proteja los intereses comunes y los bienes colectivos para no caer en la tragedia de los comunes.

Sin embargo, en Colombia la cabeza visible de los problemas es el Estado mismo, cuando tendría que ser esa organización superior capaz de regular los conflictos individuales y proteger el bien común. Para el escritor colombiano el Estado no es otra cosa que el «negocio particular de quienes lo administran a casi todos los niveles» (1997, p. 15). Aquí se incluyen a todos y cada uno de los funcionarios que lo componen. Éstos viven y trabajan bajo el acuerdo tácito de entorpecerlo todo con el único fin de que perpetuamente el Estado sea un «organismo perpetuador del desorden y de la ineficiencia social» (1997, p. 15).

En cierto modo la situación descrita por Ospina entra en relación con Charles Tilly y su teoría de la formación de Estados (1985). Tilly expone que la construcción del Estado estaría íntimamente ligada a un proceso de extorsión mediante el que el propio Estado te protegerte de unos peligros a los que él mismo te está exponiendo. De esa forma perpetúa su *status quo* de manera permanente.

Jiménez (2014) expone las consecuencias que puede provocar un Estado así concebido:

En aquellos sistemas políticos en los que las políticas gubernamentales son ineficientes, parciales (persiguen el beneficio de grupos sociales particulares) y corruptas, se imposibilita el desarrollo de un sentido de solidaridad social y se estimula la confianza particularizada en diferentes grupos sociales por encima de la confianza generalizada en toda la sociedad. (p. 164)

Esto nos lleva directamente a la siguiente reflexión de Ospina:

Cualquier colombiano lo sabe: aquí nada sirve a un propósito público. Aquí sólo existen intereses particulares. El colombiano sólo concibe las relaciones personales, sólo concibe su reducido interés personal o familiar, y ese único fin subordina toda su actividad pública y privada. (1997, p. 14)

Se pierden, por tanto, nociones básicas no sólo para el desarrollo de una sociedad sino para la propia identidad de esa sociedad como son el de bien público, además de otros valores humanos como la solidaridad o la confianza. En definitiva, lo que

encontramos es, tal y como expone Ospian, que «palabras como “patria” causan risa en Colombia» (1997, p. 14).

Estos elementos apuntan directamente a lo expuesto por O'Donnell (1993), en sus estudios sobre áreas marrones y estados fallidos. En sus investigaciones O'Donnell ha establecido que la tradición y solidez democrática de los países de América Latina están íntimamente relacionados con la homogeneidad o heterogeneidad de sus sociedades. O'Donnell sitúa a Colombia cerca de la heterogeneidad absoluta y, por tanto, con una democracia muy poco sólida. Como apunta Ospina, los intereses particulares, que representarían la heterogeneidad, prevalecen sobre los intereses comunes, que representarían la homogeneidad.

En relación con la heterogeneidad se encuentran dos de los principales conflictos a los que tiene que hacer frente el país: los de etnia y los de clase. Según el análisis de Ospina el conflicto étnico tiene su origen durante el Descubrimiento. En el siglo XVI convivieron los pueblos nativos con los pueblos invasores en Colombia. Al no existir un exterminio de la población nativa como lo hubo en Norteamérica, la relación entre nativos e invasores dio lugar a un tercer grupo formado por los mestizos. A éstos habría que añadir, además, la población afroamericana que fue llegando al continente como extranjeros y esclavos. Estos cuatro grupos todavía en la actualidad dan lugar a multitud de conflictos étnicos que el Estado se niega a admitir.

A la división étnica se suma la división entre las élites, tanto económicas como políticas, y el resto de la sociedad. La gran mayoría de gente humilde que abarrota las grandes urbes colombianas tienen su origen en el éxodo rural que los campesinos protagonizaron desde la década de los cuarenta. Los campesinos no fueron bien recibidos por las altas esferas de la sociedad que se alojaba en las ciudades y esta división se ha mantenido hasta la actualidad. De este modo, los conflictos étnicos y de clase se suman al predominio de los intereses particulares frente a los comunes. El resultado es una sociedad completamente desfragmentada y gobernada por un aparato estatal que sólo persigue sus propios intereses.

William Ospina define el Estado colombiano bajo dos premisas que entran en contradicción absoluta. Por un lado se trata de «un Estado que no existe en absoluto» y, a la vez, «es un Estado que existe infinitamente» (1997, p. 15).

El Estado colombiano no existe si se trata de ofrecer seguridad social y protección a los ciudadanos, de proporcionar una buena cobertura sanitaria y educativa, de garantizar derechos fundamentales como la igualdad ante la ley, la dignidad individual, de actuar como garante de la promoción de empleo y de ocuparse de castigar los delitos.

Por otro lado, el Estado colombiano sí se encuentra presente cuando hablamos de saquear las arcas públicas, obstaculizar a la ciudadanía, perseguir tanto a vendedores ambulantes como indigentes y, por último, «lucrarse de los bienes de la comunidad y [...] garantizar privilegios» (1997, p. 16). El Estado, en Colombia se erigió como una especie de «engendro bifronte [...]». Tenía un rostro para atender a los poderosos, hecho de deferencia y de servilismo, y otro, hecho de arrogancia y de ferocidad, para despachar a los pobres.» (1997, p. 32)

Inevitablemente los planteamientos de Ospina y esta imagen tan evocadora del Estado como un «engendro bifronte» nos invitan a ponerlo en relación con otra gran figura aterradora: el Leviatán de Thomas Hobbes, especialmente teniendo en cuenta su teoría del contrato social. Hobbes recoge en el s XVII una tradición de pensamiento iniciada ya por Marsilio de Padua, por Nicolás Maquiavelo y Jean Bodin, consistente en que el orden político sólo puede ser producto de una decisión colectiva, de un cálculo que engendre un *artefacto*. Porque el Estado de naturaleza es insoportable [...] entonces la capacidad deliberativa propia del hombre le ordena construir una instancia superior cuyo fin sea imponer un orden que elimine la violencia natural, que sustituya la guerra de todos contra todos por la paz de todos con todos. (Pisier, Duhamel y Châtelet, 2006, p. 46)

El contrato social, según lo concibe Hobbes, suponía el despojo de gran parte de los derechos individuales para cederlos a ese ente superior, el Estado, a cambio de que éste garantizara «la seguridad y el bienestar de los contratantes» (Pisier et. al., 2006, p. 46). Está claro que el Estado colombiano no cumple su parte del contrato, tal y como lo concebían en el s. XVII, pero tampoco lo cumple si atendemos a la explicación que en líneas atrás exponíamos de Bo Rothstein, ya en pleno s. XXI.

El escritor colombiano explica que la despreocupación por parte del Estado antes se podía observar en las periferias. Sin embargo, ahora, incluso puede verse en las propias calles del centro de Bogotá. El desplazamiento que manifiesta Ospina desde la periferia hasta el centro se encuentra íntimamente relacionado con la teoría de O'Donnell sobre las

áreas marrones. Estas áreas son zonas con una baja presencia estatal, tanto en el aspecto «funcional como territorial» (1993, p. 170). El poder institucional en las áreas marrones funciona bajo fenómenos como el personalismo, el familismo, el prebendismo y el clientelismo. Dice Ospina que «no hay un solo campo de la realidad en el que podamos decir que el Estado está ayudando a la nación, está formulando un propósito, está construyendo un país» (1997, p. 16). En base a esta descripción, las áreas marrones en Colombia habrían invadido casi la totalidad del país dando lugar a una situación de Estado fallido.

Hablamos de Estado fallido cuando desde el propio Estado aparecen dificultades «para cumplir con sus funciones básicas, mayormente relacionadas con el desarrollo económico, con los fenómenos de violencia y con la democracia» (Hincapié, 2014, p. 58). Es lo que entiende Bates (2008) como la implosión del Estado, convertido en un instrumento de depredación. Por otro lado, Dorff (2005) lo describe como la pérdida, por parte estatal, del monopolio del uso de la violencia. Si un Estado no es capaz de cumplir con sus funciones básicas, no acapara el monopolio del poder coercitivo o no puede «suministrar bienes políticos positivos a su gente» (Rotberg, 2002, p. 85), estaremos ante un Estado fallido, carente de cualquier atisbo de legitimidad para su población.

En Colombia no hay Estado nacional, hay una tiranía compuesta por burócratas irresponsables. Por ello la sociedad ha perdido la esperanza y tiene miedo a criticar, reprobar o exigir a sus gobernantes. Mientras tanto, la sensación de impunidad y de miseria campa a sus anchas. Las ciudades han sido tomadas por la delincuencia, los campos han sido tomados por la guerrilla y la economía es controlada por el narcotráfico. Colombia se encuentra, según las descripciones de Ospina y tal y como venimos exponiendo, en una situación de Estado fallido:

En estas sociedades no aparecen las normas informales que favorecen la producción de bienes públicos. En su lugar, se instala una práctica social depredadora del «sálvese quien pueda» que imposibilita que las autoridades públicas cuenten con los recursos y los incentivos necesarios como para llevar adelante políticas que fomenten la solidaridad social que hace falta para sentirse partícipe de la misma comunidad. Muy al contrario, las políticas gubernativas vendrán incentivadas por una lógica particularista y parcial que abundará en la espiral del círculo vicioso. (Jiménez, 2014, p. 165)

Los datos revelan que la sociedad colombiana está en la miseria, sin trabajo y bajo una sensación de desamparo y desprotección por parte del Estado. Sin embargo nadie parece revelarse, salir a la calle y hacerse oír. «El pueblo está mudo» dice el escritor colombiano, y cita un fragmento del poema “Acuarinmántima” de Porfirio Jacob:

No se oye nada.  
Silencio y bruma. Soplos de lo arcano.  
La luz mentira, la canción mentira.  
Sólo el rumo de un vago viento vano  
Volando en los velámenes expira. (1997, p. 18)

Ante este silencio podría interpretarse que el pueblo colombiano espera paciente y ejemplarmente que algún día la clase dirigente consiga, por fin, poner solución a los grandes problemas que azotan al país y, entonces, la larga espera habrá merecido la pena. Sin embargo Ospina es tajante en este aspecto: «la verdad es que el pueblo no espera nada. O dicho mejor, ni siquiera espera.» (1997, p. 19). Para el escritor colombiano su propio país se ha convertido en un mendigo y se ha acostumbrado a serlo, renunciando y perdiendo su propia dignidad. Todo parte del círculo vicioso en el que el Estado dice carecer de dinero porque los ciudadanos no tributan debidamente mientras que los ciudadanos no tributan porque el Estado, en lugar de invertir, se dedica a malversar, malgastar y robar.

Denuncia Ospina que el Estado quiere acostumbrar a su ciudadanía a la mendicidad. La ciudadanía ha pasado a depender, en buena parte, de las donaciones de capital privado y, no sólo eso, sino que además se ha acostumbrado a ellas. La consecuencia es una sensación de gratitud a esas empresas privadas y grandes fortunas que “altruistamente y de manera filantrópica” se preocupan por los bienes públicos. Sin embargo, estas empresas consiguen exenciones fiscales por parte del Estado además de un reconocimiento que, a la larga, les reporta beneficios como consecuencia de la imagen positiva que se han creado. El elemento nocivo residen en el hecho de que la sociedad se acostumbra «a recibir como limosna lo que se nos debe por derecho» (1997, p. 20). Esto ocurre porque es el Estado el que tendría que ser capaz de cubrir esas necesidades. La sociedad pasa a convertirse en una suerte de mendigos sumisos y a la vez agradecidos, incapaces de emprender, de alzar la voz y de recuperar una dignidad perdida. Dignidad

que, por otro lado, el propio Estado también desconoce. Este se debe a que éste también se ha convertido en un mendigo, para Ospina, al depender por completo de ayudas de organismos internacionales para hacer frente a imprevistos que cualquier otro país desarrollado podría afrontar sin problemas.

#### **4. La necesidad del cambio**

Esta denominada mendicidad de la sociedad y del Estado termina por convertir a Colombia en un pueblo sin carácter. Esta falta de carácter repercute en todos los ámbitos sociales, económicos y culturales. La solución a este problema reside, según Ospina, en afrontarlo y cambiarlo. No existen excusas para decir que Colombia no es causante de sus males o que es hija de su Historia. «Si somos hijos de la historia», dice Ospina, «la historia ha enseñado que puede dar vuelcos súbitos movida por la voluntad colectiva de cambiar» (1997, pp. 21-22).

Este «ser hijo de la historia», está muy cerca del concepto de *path dependence*. Las teorías sobre el *path dependence* (literalmente: *dependencia del camino*) surgen en el ámbito económico pero pronto fueron adaptada por los politólogos para explicar que, en política, «una vez que se adopta una pauta ésta acaba siendo siempre un camino cerrado o un *path* único» (Sánchez, 2004, p. 98), es decir, que existe una dependencia de las decisiones y los caminos tomados previamente. Tras la toma de decisiones se produce un *feedback* positivo, un proceso de retroalimentación que refuerza esas decisiones adoptadas de cara al futuro. En política supone, según Pierson, que «los pasos dados en una dirección inducen a nuevos movimientos en esa dirección» (2000, p. 252). El propio Pierson profundiza en este ámbito dando un paso más allá y llegando a su «teoría de los rendimientos crecientes». Esta teoría, explica que «los rendimientos que produce una acción o una institución política siempre crecen con el paso del tiempo, aunque puedan generar o desarrollar un círculo vicioso» (Sánchez, 2004, p. 99). Este hecho dificulta, aunque no suprime, la idea del escritor colombiano de hacer frente a esa debilidad de carácter que les ha ido llevando a lo largo del tiempo hasta la situación actual. Podríamos decir que la teoría del *path dependence* explicaría gran parte de la situación colombiana del momento. El hecho de que las instituciones hayan reforzado a lo largo del tiempo una serie de conductas viciosas complica, sin duda, la solución a al problema y enlaza,

directamente, con los círculos viciosos en los que se encuentra inmersa la sociedad colombiana.

«Me enseñaron desde niño», dice Ospina, «que toda tiranía se disfraza de respetabilidad pero que es fácil saber cuándo una nación está en manos de un tirano» (1997, p. 17). En cierta manera el escritor está haciendo alusión al concepto de legitimación, entendido como el «método para justificar la existencia de la desigualdad» (Requena, Salazar y Radl, 2013, p. 42) que existe en todas las sociedades. En este fragmento habla de una posible legitimación de la tiranía aunque, por extensión, podemos englobar una legitimación de la desigualdad. El estado colombiano legitima esa desigualdad sirviéndose de factores étnicos y económicos, como ya hemos mencionado anteriormente y como Ospina deja entrever a lo largo del ensayo.

La principal característica que atribuye el escritor colombiano a las clases dirigentes de su país es la estupidez. Él considera que en el resto de países los políticos asumieron sus obligaciones y procuraron crear instituciones basadas en principios fundamentales de las democracias como la igualdad de oportunidades. Precisamente la igualdad de oportunidades es considerado como «uno de los valores centrales de las modernas democracias liberales» (Requena et al., 2013, p. 189). En Colombia, sin embarco, ocurrió todo lo contrario y se estableció una línea que distinguía la «gente de bien» (Ospina, 1997, p. 31), del resto. Como consecuencia de esto la movilidad social se redujo al mínimo, complicando la ya mencionada igualdad de oportunidades que todo país con visas a desarrollarse debería tener. Dice el escritor colombiano que:

Desde hace mucho tiempo el Estado en Colombia es simplemente un instrumento para permitir que una estrecha franja de poderosos sea dueña del país, para abrirles todas las oportunidades y allanarles todos los caminos, y al mismo tiempo para ser el muro que impida toda promoción social, toda transformación, toda sensibilidad realmente generosa. (1997, p. 16)

Precisamente la movilidad social, o promoción social en palabras de Ospina, es uno de los principales indicadores «del grado de eficiencia de una sociedad» (Requena et al., 2013, p. 189). Una baja movilidad social, como es el caso de Colombia, supondrá un alto grado de ineficiencia de esa misma sociedad.

Para el escritor, la sociedad colombiana también tiene, por otro lado, dos grandes defectos: la simulación de ser lo que no es y el maltrato a las clases humildes. Sobre el primero de ellos, expone que los ciudadanos creen lo que no son y se niegan a sí mismos por el sentimiento de inferioridad. Esto es notable en los anuncios televisivos, que se esfuerzan por mostrar rasgos finos y ojos claros porque está mejor considerado que ser mestizo. Dice Ospina que siguen jugando a ser exclusivamente una nación blanca, católica y liberal, aunque nuestras ciudades sean el ejemplo de mestizaje y de mulataje más notable del continente; aunque nuestra vida religiosa sea la más asombrosa combinación de espiritismo, santería, brujería, animismo e hipocresía que pueda encontrarse: aunque nuestra vida política se caracterice porque el presidente de la república es elegido por el diez por ciento de la población, exactamente el mismo porcentaje que vive directa o indirectamente del Estado. (1997, p. 24)

Sobre el maltrato a los pobres, considera que mientras otras sociedades entendieron que la pobreza no es exclusivamente problema de los pobres sino de toda la sociedad, no lo hizo así Colombia. Ospina se sirve de una cita de Bernard Shaw, quien dijo que «permitir que haya miseria es permitir que la sociedad entera se corrompa» (1997, p. 34), para reforzar sus planteamientos. Es más, las mismas élites colombianas que permitieron la miseria, el hambre y la indignidad de sus vecinos, han terminado por sufrir las consecuencias a través de un enemigo poderoso: la inseguridad.

La clamorosa estupidez de los dueños del país ha hecho finalmente que tampoco ellos puedan ser los dueños del país, que las calles sean tierra de nadie, que todos nos sintamos sentados sobre un polvorín [...]. Una increíble estupidez hizo que finalmente nadie pueda ya disfrutar de los que tiene, y el país del egoísmo, de la mezquindad y de la exclusión se devora a sí mismo mientras se pregunta por qué. (Ospina, 1997, p. 33)

El escritor colombiano usa unos versos de W. B. Yeats para reflejar la situación de la Colombia contemporánea: «Los mejores carecen de toda convicción, / En tanto que los peores / Están llenos de apasionada intensidad» (1997, p. 35).

## **5. ¿Existe solución para Colombia?**

Llegados a este punto podemos preguntarnos, ¿existe solución? Aunque para Ospina sí que la hay, los teóricos convendrán en el alto grado de dificultad de conseguir romper los círculos viciosos que corrompen las instituciones en un Estado fallido. Por un

lado, Olson (1994), al desarrollar su teoría de la acción colectiva expone, básicamente, que sin incentivos muy difícilmente un colectivo se movilizará para conseguir un determinado bien colectivo. Extrapolado a lo que nos ocupa, podríamos concluir que si la sociedad no tiene suficientes estímulos como para cambiar no lo hará, porque la idea de un bien colectivo no atrae tanto por sí sola como la de un bien individual. Por otro lado, Goodin (2003) expone que hay tres razones por la que las instituciones pueden cambiar: la primera consiste en un accidente o en factores imprevistos; el segundo tipo tiene que ver con cambios evolutivos; el tercero estaría en relación con un cambio institucional debido a un diseño intencionado. Para que un cambio institucional se produzca deberían darse, según Goodin, un poco de las tres razones porque por sí solas podrían ser insuficientes.

Al hablar de soluciones Ospina parece inclinarse por la tercera vía, la del cambio institucional intencionado. El escritor considera que tanto los funcionarios, como las autoridades y los políticos son la consecuencia del Estado existente y no cree que éste pueda cambiar a la sociedad, sino que es «la sociedad la que debe cambiar al Estado» (1997, p. 38). El actual Estado colombiano tendría que desaparecer por completo para dar paso a uno nuevo. Esta tesis de Ospina entronca directamente con la teoría de Rousseau (2007) sobre el pacto inicuo y el contrato social. Para el francés, el pacto inicuo daba «nuevos estorbos a los débiles y nuevas fuerzas a los ricos» (Pisier et. al., 2006, p. 64) porque fijaba de una manera indefinida la desigualdad entre los hombres. Lo que pensaba Rousseau es que aquello que ha hecho el hombre, el propio hombre puede deshacerlo después si no funciona o el resultado no era el previsto. Así es como propicia, tras el fallido pacto inicuo, la creación de un nuevo pacto o contrato social que procure la satisfacción de la sociedad. En suma, Ospina está diciendo lo mismo: dado que la situación actual no es sostenible porque el Estado no cumple sus funciones, rompamos este “pacto inicuo” y volvamos a empezar. Para llegar a ese nuevo Estado, dice el escritor, «es necesario saber cómo somos y a qué podemos comprometernos en un contrato social» que propicie un estado «mínimamente eficaz en las cuestiones básicas del interés público que le atañen» (1997, p. 36). Como podemos observar, parecen términos del propio Rousseau, aunque Ospina se sirve de una cita a Jorge Luis Borges, que quería de todo Estado «un severo mínimo de gobierno» (1997, p. 37).

Para conseguirlo la sociedad colombiana tiene que recupera la confianza en sí misma y creer que una transformación es posible. Hacerse dueña de su destino y dejarse de imposturas y simulaciones. Cita Ospina a Chesterton, que decía que «el bien no consiste simplemente en abstenerse de hacer el mal, que el bien no puede ser una virtud meramente negativa y pasiva, que el bien debe ser algo que obra, algo perceptible por sus frutos» (1997, p. 34). Para hacer el bien, por tanto, hay que tener voluntad e iniciativa. La pasiva sociedad colombiana no busca el bien según lo entendería Chesterton.

Para ello quizás hagan falta nuevos políticos preparados para el nuevo Estado que necesita el país. Ospina considera que desde Jorge Eliécer Gaitán «ningún político ha vuelto a pronunciar palabras que de veras instauren una comunidad, unos lazos de solidaridad entre los colombianos» (1997, p. 34). El pensamiento del escritor colombiano se acerca a planteamientos y posturas ideológicas expuestas por Rawls (2006), cuyo objetivo era el de promover una sociedad basada en principios de justicia, equidad y solidaridad. En dicha sociedad no se interpondrían, por tanto, visiones distintas basadas en problemas respecto a la heterogeneidad cultural, religiosa, étnica o ideológica de los ciudadanos que habitan un territorio –como sí ocurre en la actual Colombia–. Para Rawls sólo instituciones políticas justas podrán generar una sociedad justa. Entendiendo la justicia como equidad, es decir «sociedad como sistema equitativo de cooperación a lo largo del tiempo, desde una generación a la siguiente» (2006, p. 45).

En definitiva, Ospina considera que para acercarse a esa nueva sociedad, más equitativa y más justa, hay que cambiar el modo de ser colombiano. Este cambio, fundamentalmente, tiene que ver con la necesidad de asumir la riqueza que hay en la diferencia y la diversidad, en el reconocimiento del otro. Y para ello se vale de una referencia de Jorge Luis Borges. El maestro argentino habla de los hidrógrafos que afirmaban que basta un solo rubí para desviar el curso de un río. Ospina concluye el ensayo exponiendo que:

Bastaría una sola cosa para que Colombia cambie hasta lo inimaginable. Bastaría que cada colombiano se hiciera capaz de aceptar al otro, de aceptar la dignidad de los que es distinto, y se sintiera capaz de respetar lo que no se le parece. Ese es el cambio a la vez vasto y sutil del que hablaba. Esa es tal vez la única revolución que necesita Colombia. (1997, p. 43-44)

## **6. Referencias bibliográficas**

- Bates, R. (2008). State Failure. *Annual Review of Political Science*, 11, 1-12.
- Dorff, R. (2005). Failed States After 9/11: What Did We Know and What Have We Learned?. *International Studies Perspectives*, 1(6), 20-34.
- Goodin, R. E. (2003). Las instituciones y sus diseños. En Goodin, Robert E. (ed.), *Teoría del diseño institucional* (pp. 13-74). Barcelona: Gedisa.
- Hincapié Jiménez, S. (2014). Estados débiles o conceptos fallidos. Por una definición teórica del orden estatal. *Espiral*, 61(21), 51-83.
- Hobbes, Thomas. (2005). *Del ciudadano y Leviatán*. Madrid: Tecnos.
- Jiménez Sánchez, F. (2014). La trampa política: la corrupción como problema de acción colectiva. En Pastor Seller, E., Tamez González, G. y Sáenz Lopez, K. (Eds.), *Gobernabilidad, ciudadanía y democracia participativa*. Madrid: Dykinson.
- O'Donnell, G. (1993). Acerca del estado, la democratización y algunos problemas conceptuales: Una perspectiva latinoamericana con referencias a países poscomunistas. *Desarrollo Económico*, 130(33), 163-184.
- Olson, M. (1994). *The logic of collective action: Public goods and the theory of groups*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Ospina, William. (1997). Lo que le falta a Colombia. En Ospina, William (Comp.), *¿Dónde está la franja amarilla?* (pp. 11-44). Bogotá: Norma.
- Pierson, P. (2000). Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics. *American Political Science Review*, 94(2), 251-267.
- Pisier, E., Duhamel, O. y Châtelet, F. (2006). *Historia del pensamiento político*. Madrid: Tecnos.
- Rawls, J. (2006). *El liberalismo político*. Barcelona: Crítica.
- Requena, M., Salazar, L. y Radl, J. (2013). *Estratificación social*. Madrid: Mc Graw Hill.
- Rotberg, R. (2002). The New nature of Nation-state Failure. *Washington Quarterly*, 3(25), 85-96.
- Rothstein, Bo. (2001). Las instituciones políticas: una visión general. En Goodin, R. E. y Klingemann, Hans-Dieter (Eds.), *Nuevo manual de ciencia política* (pp. 199-246). Madrid: Istmo.
- Rousseau, Jean-Jaques. (2007). *El contrato social*. Madrid: Tecnos.

Sánchez de Dios, M. (2004). Estudio comparado de *Path Dependence* del Estado de Bienestar en los casos de USA, Suecia y España. *Revista de Estudios Políticos* (pp. 95-128), 124. Madrid: Nueva época.

Tilly, Charles. (1985). War Making and State Making as Organized Crime. En Evans, P., Rueschemeyer, D. y Skocpol, T. (Eds.), *Bringing the State Back In* (pp. 169-186). Cambridge: Cambridge University Press.